



VI Congreso Virtual sobre Historia de las Mujeres, 15 al 31-octubre-2014

**VI CONGRESO VIRTUAL SOBRE
HISTORIA DE LAS MUJERES.
(DEL 15 AL 31 DE OCTUBRE DEL 2014)**



¿Por qué no sobrevivieron la Beguinas al siglo XXI?

Raquel Fernández Díez.

¿Por qué no sobrevivieron las Beguinas al siglo XXI?



Plantear un debate, dentro del marco del congreso, de por qué con la muerte de Marcela Pattyn no solo murió una beguina sino también un movimiento que durante siglos garantizó la libertad de miles de mujeres.

Con la muerte a los 92 años de Marcella Pattyn desapareció un movimiento femenino que durante siglos dio unos espacios de libertad a las mujeres que hoy nos resultan sorprendentes y quizás podríamos afirmar que únicos en la historia.



Marcela Pattyn

Estamos refiriéndonos a las beguinas.

No siempre tenemos la oportunidad de ser testigos de un acontecimiento histórico y cuando por suerte o desgracia la tenemos, este no debería dejarnos indiferente y por lo menos tendría que llevarnos a una reflexión y quizás a plantearnos un debate que aporte algo de luz a las causas, en el caso que nos ocupa, de esta pérdida.

Por qué no sobrevivieron al siglo XXI cuando fueron capaces de sortear a la inquisición, a la Revolución Francesa, a las acusaciones de herejía; por qué dejamos que desapareciera una de las experiencias de vida femenina más libres de la historia; qué no supimos entender y valorar; por qué ejercieron tan poca atracción sobre las mujeres de nuestra generación que las dejamos apagarse mientras que, por ejemplo, sobreviven los monasterios de clausura. Todas estas son preguntas que podemos hacernos ante este fenómeno histórico.

Parece que nuestro siglo no puede aprovechar nada de su obra, solamente nos interesa conservar los espacios donde habitaron.

En algún momento dejó de seducirnos un movimiento que permitió a las mujeres existir sin ser ni esposas, ni monjas, que nos permitió ser libres de toda dominación masculina, que nos quería autónomas, cultas, con voluntad propia. Cuando parecen triunfar los movimientos asamblearios, las ONG, etc. desaparece una de las mayores experiencias de hermanamiento y solidaridad. En todo caso, con Marcella Pattyn muere el último eslabón de una cadena que se inició a finales del siglo XII en Lieja y se extendió por buena parte de Europa.

Si intentar explicar razonadamente su desaparición es complejo también lo es aclarar su origen. Algunos autores hacen derivar su nombre de *bi Gott* (en Dios) de donde proviene *bigott*, fanático. Otros del verbo flamenco *beghem*, orar. Otros más prosaicos derivarán el nombre de beguina a causa de una cofia, llamada en francés *bèguin*.

También pudieron adoptar un nombre de la persona a la que se le atribuye su formación: Lamber Begh, célebre predicador, canónigo de Lieja que vivió durante la segunda mitad del siglo XII, fundador de un monasterio y una iglesia para viudas y huérfanas de cruzados. Otros llegaron a remontarlo a la legendaria abuela de Carlomagno, Santa Begh o Begge, hija de Pipino de Landen, en el siglo VIII.

Fuera cual fuera su origen desde el punto de vista filológico; sí podemos afirmar con rotundidad que aparecieron en un momento histórico en el que la participación de la mujer en la sociedad era prácticamente nula y su espacio propio se veía reducido a la casa, al palacio o al convento. Ingresar en este último tampoco era una solución tan fácil, pues estaba casi siempre restringida a mujeres pertenecientes a la aristocracia.

Eileen Power, en su libro “Mujeres medievales”, afirma que si tomamos como ejemplo Inglaterra no nos encontramos con mujeres pobres y de clases inferiores que fuesen monjas, ya que sus familias no se veían en la necesidad de darles una salida especial. Las mujeres de las clases trabajadoras tendrían como salida natural trabajar en la agricultura y, además, no podrían costear la dote que requería la entrada en un convento. Esta dote servía para su manutención, ya que al romper estas con sus familias la misma les aseguraba su sustento.

En medio de estas circunstancias apareció un grupo de mujeres que fueron más allá porque quizás no solo buscaban un papel en la sociedad de la Edad Media sino también una respuesta a sus necesidades y dudas espirituales.



La Edad Media había modificado muy negativamente el rol de la mujer, la hija y la viuda desde la Antigüedad teniendo como consecuencia la pérdida de muchos de sus derechos. Y el matrimonio como salida alternativa quizás no fuera una solución muy halagüeña, pues baste recordar que el matrimonio medieval no ofrecía amor. solo establecía el orden social y jurídico en el que la mujer tenía un papel irrelevante.

En este contexto quizás la soltería ofreciera una alternativa interesante. Pero cómo mantener la soltería y la independencia sin la protección de un hombre. La respuesta pudo ser la búsqueda de una vida en comunidad y hermandad. Esta búsqueda de amparo y protección pudo ser el germen de estos grupos de “mujeres religiosas” que comenzaron a vivir en casa próximas a iglesias o a hospitales.

No debemos olvidar que además de una alternativa vital estos movimientos tenían, como no podía ser menos en la época, un fuerte componente religioso, y que esta vida comunitaria podía ser no solo una salida vital sino también la manera de reivindicar una acción apostólica y catequética que la iglesia masculina les negaba. Es decir, buscaban una libertad y una manera propia de vivir su fe como en otros momentos históricos hicieron las muradas o las eremitas, y los beguinages les ofrecían ese marco.



Hay que recordar que esta búsqueda de cambios coincidirá con una época que desde el punto de vista económico y social estaba fraguando las transformaciones que darían lugar a una sociedad donde empezaba a eclosionar la burguesía y a desarrollarse la ciudad, y no resulta extraño que los mayores focos de crecimiento y desarrollo de las beguinas fueran las ciudades de Gante o Brujas, núcleos de gran desarrollo mercantil. Este sería un marco más adecuado para nuevas propuestas de toda índole que la cerrada e inmovilista sociedad feudal.

Estos nuevos grupos sociales iniciarían la búsqueda de una nueva realidad tanto social como espiritual que diera respuestas a unos problemas que se planteaban, por ejemplo, cómo vivir la religiosidad en ese nuevo marco de relaciones o cómo encontrar el reconocimiento a la dignidad del trabajo, pues estos nuevos grupos sociales de artesanos, comerciantes, etc. también reivindicaban que el *ora et labora* fuera válido desde sus trabajos. En definitiva

se trataba de hacer reconocer la dignidad espiritual del trabajo y su valor positivo como medio de salvación. Como ha demostrado Le Goff, en este terreno “tuvo lugar la presión de las nuevas categorías profesionales: mercaderes, artesanos, deseosos de encontrar en el plano religioso la justificación de sus actividades, de su vocación no a pesar de su profesión sino por medio de su profesión”¹

Es oportuno recordar que el trabajo era una condena para aquellos que no servían con las armas ni con las oraciones. Además, la Iglesia comenzó a combatir a mercaderes y a usureros cuando el trabajo comenzó a ser una práctica lucrativa.

En cualquier caso el trabajo no era en la Edad Media un medio que garantizara una liberación ni una forma de integración social.

Esta aspiración de dignificar el trabajo y buscar una salvación desde él fue advertida más vivamente en las ciudades, donde el desarrollo del artesanado y el comercio había creado un ambiente laico, dinámico y combativo a la vez.

No nos extraña constatar que fue en las grandes ciudades mercantiles de Italia donde vieron la luz por primera vez aquellas formas de vida religiosa de nuevo tipo, adaptada a las preocupaciones espirituales de los laicos.

El caso más interesante es el de los *umiliati*, en su origen un grupo de artesanos que llevaban en comunidad una vida de trabajo y de oración, que aparecieron en Milán en 1175 y se difundieron por Lombardía.

Este nuevo estilo de vida cristiana tuvo, según Anrdre Vauchez, gran éxito entre las mujeres que no podían ser admitidas en monasterios.

¹ Le Goff, Jacques: “Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval”. Ed. Taurus, Madrid 1983
VI Congreso virtual sobre historia de las mujeres. Raquel Fernández Díez



Brujas

Estas mujeres piadosas, que quizás no podían entrar en los monasterios, decidieron, al amparo de la nueva mentalidad, llevar una vida monástica y de penitencia y vieron que el mundo laico también les podía ofrecer ese marco de libertad y donde poder poner en práctica una acción catequética y evangélica que la iglesia les negaba.

Se comenzarán a reunir fuera de los monasterios, en torno a una capilla, a un hospital o a una leprosería, y las aglomeraciones de sus pequeñas casa serán el embrión de los primeros beguinages, que cuando comiencen a desarrollarse serán prácticamente una ciudad dentro de otra ciudad, pues contarían con casas individuales que se organizaban en torno a un patio y cerraban con su propia muralla. Una ciudad de damas, si tomamos prestado el título de la obra de Beatriz Pisan.

Sin ingresar en la iglesia estas mujeres se consagraban a Dios. No seguirían una regla monástica codificada sino que su modelo de vida sería la de los apóstoles, es decir, escuchar libremente la palabra de Dios, orar y dar testimonio evangélico; y si en algún momento querían regresar a su vida anterior podían hacerlo porque no necesitaban renunciar a sus posesiones,

herencia, etc. , aunque sería práctica habitual repartirlas entre la comunidad. No necesitaban profesar ningún voto y no estaban sometidas a ninguna autoridad religiosa, solo a la municipal .El único contacto con la autoridad religiosa sería el momento de la confesión.

Tanta importancia dieron a este sacramento y a la relación entre confesada y confesor que será el germen del género literario vidas espirituales, que tiene como protagonistas a esas mujeres religiosas. El primer ejemplo de vidas de confesadas es el de la beguina María d'Oignies, que su confesor, Jacques de Vitry, escribe en 1216, poco después de su muerte. Nada mejor que unas notas de su biografía para hacernos una idea del espíritu y mentalidad de las mujeres que iniciaron este movimiento.

María d'Oignies nació en Nivelles (Brabant). Perteneció a una familia rica.

Se casó a los 14 años y convenció a su esposo para vivir como hermanos en la pobreza personal. Sirvieron a los enfermos de una leprosería.

La vida de María
lugares comunes de la

Vivían de su
dedicadas al apresto de
enfermos, y se podían
ciudad. Si bien la
era una parte
diaria, no descuidaron
el estudio y de sus filas
Marguerite de Porète
publicaría el libro “El



refleja perfectamente
vida de las beguinas:
trabajo en los huertos y
telas y al cuidado de los
mover libremente por la
dedicación al trabajo
fundamental de su vida
cultivar su espíritu con
saldrán escritoras como
(1250-1310), que
espejo de las almas

simples”, en el que defendía el contacto directo del creyente con Dios sin necesidad de intermediarios .Ni que decir tiene que esto le costó la hoguera.

Podemos citar otros ejemplos, como Matilde de Magdeburgo (1207-1282), autora de “Luz fluyente a la divinidad”, o Hadewijchde de Amberes, que

vivió en el siglo XIII. Si ya supone un hito que estas mujeres escribieran, lo será más el hecho de que lo hagan en sus lenguas vernáculas, abandonando el latín.

Otras serán capaces de ver la importancia que la educación tendrá para las mujeres, como sería el caso de la beata, nombre con el que se conocía a las beguinas en la Península Ibérica, Isabel Cifré, fundadora de la *Escola de la Criança* para la enseñanza de niñas del patriciado urbano en la Mallorca del siglo XV.

Pero sería el trabajo asistencial, cuidado de enfermos y leprosos y la elaboración de telas lo que les granjearía muy pronto un número importante de donaciones que recibieron de manos de la nobleza, incrementando sus patrimonios. Pudo ser este enriquecimiento el que llevó a comenzar a verlas como una amenaza por parte de los gremios, los cuales verían peligrar su trabajo y prestigio, pues al no necesitar cumplir sus



ordenanzas se escapaban a su control y las enseñanzas de los oficios que tan rígidamente controlaban los gremios podían caer en sus manos.

Las órdenes religiosas tampoco serían muy tolerantes con ellas, y más allá de la preocupación por la moral y la ortodoxia se sentirían amenazadas al ver cómo el dinero y las donaciones que ellas recibían no engrosaban sus patrimonios. Estos argumentos pueden explicar por qué se las empezó a ver como una amenaza y se formularon contra ellas acusaciones como la siempre socorrida, tratándose de las mujeres, de ser herejes o brujas.

La animadversión y el recelo con el que empezaron a ser miradas queda patente en la literatura, donde se las caricaturiza y parodia de forma misógina y cruel. Tomaremos como ejemplo de esta literatura satírica y misógina los textos

que aporta Pedro Santonja en su artículo, “Mujeres religiosas: Beatas y beguinas en la Edad Media. Textos Satíricos”. Según el autor, tanto en la literatura de la Corona de Castilla como en la de la Corona de Aragón encontramos referencias paródicas a las beguinas y beatas. Se pretendía ridiculizar de forma extrema aquellas actividades femeninas que rebasaban los límites que la sociedad les había establecido. En algunas obras el término beguina significa alcahueta, falsa beata, hechicera. En *El Corbacho* o *Reprobación del amor mundano*, el autor, Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera, las describe así: “Destos anda el mundo lleno, e con sus mansos hablares e dulces palabras, con sus disimuladas obras y sus juramentos rabiosos, dando a entender ser justos y muy santificados”. Dice a continuación el Arcipreste, sirviéndose de recursos técnicos propios del sermón popular: “Yo creo bien que Nuestro Señor, pues los conoce bien, e pues él dijo que nos guardásemos dellos, que estos falsos hipocritas son los que hacen los males insospechados”.²

También en *El Conde Lucanor* don Juan Manuel nos previene contra estas criaturas en el cuento XLII, “Lo que sucedió al diablo con una falsa devota”, donde la moraleja no puede ser más clara ni la opinión que le merecían: si deseas evitar tan grandes desventuras no te dejes convencer por las falsas criaturas.

El círculo de presión se fue estrechando y el Papa Clemente V, el mismo que ordenará la disolución del Temple en el Concilio de Vienne (1311), analiza los errores de las doctrinas seguidas por las beguinas. La sentencia no pudo ser más estricta: “por tal razón hemos decidido y decretado con la aprobación del concilio prohibir definitivamente su forma de vida y excluirlas de la iglesia de Dios “. A partir de entonces comenzó la persecución de beguinas y begardos, y aunque en un primer momento, y ante la dificultad de disolverlos de forma inmediata, se permitió la existencia de aquellos grupos que siguieran la ortodoxia católica, durante los papados de Urbano V (1310 – 1370) y Gregorio

²Santonja, Pedro:” Mujeres religiosas: Beatas y beguinas en la Edad Media .Textos satíricos y misóginos.” *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*. N. 14 (2003-2006)

XI (1336 – 1378) la persecución se intensificó, perjudicados además por la confusión entre ellos y otros movimientos heréticos de su tiempo.

Pero también habría otros Papas que las restauraron y apoyaron, como Juan XXII, separando las que permanecieron en la ortodoxia y aquellas que, por contacto con diversas herejías, se habían apartado de la verdadera fe.

No obstante, las beguinas habían encontrado refugio en el lugar que había sido su origen, los Países Bajos. En el siglo XVI su expansión tocará techo, con las guerras de religión, pero cuando se produce el triunfo de la reforma protestante en lo que hoy es Holanda llegó el fin de los beguinatos.



Les beguines de la Ville de Goes Hollande a l'office

Si bien la Contrarreforma les dio un nuevo impulso en Bélgica y en el norte de Francia, tuvieron que pagar el precio de estar cada vez más tuteladas por la Iglesia.

La Revolución Francesa tampoco las tratará mucho mejor, prohibiéndolas y confiscando sus propiedades. Ni el siglo XIX, cuando se enfrentaron a la especulación causada por el incipiente crecimiento urbano e

industrial. Sirva de ejemplo el gran beguinage de Gante, víctima de la presión del ayuntamiento liberal, que en 1874 tuvo que ser abandonado y sus moradoras hubieron de marcharse a un complejo de nueva construcción a las afueras de la ciudad, en Saint Amadsberg.

Esta será la tónica general de este movimiento que verá cada vez más reducido en los años siguientes. Cuando nuestra protagonista, Marcella Pattyn, entró en el beguinato de Saint Elisabeth en Gante en 1941, todavía lo ocupaban 260 mujeres, y cuando se trasladó al de Korjtrik, la población al sur de Bélgica donde murió, lo formaban ocho, que fueron muriendo hasta convertirla en la última beguina.

Parece ser que las mujeres hoy no necesitamos los beguinatos para vivir en libertad ni tener una existencia plena pero no deja de provocarme una profunda melancolía que dentro de no mucho tiempo ya nadie recuerde su existencia y lo que hicieron por nuestra educación, nuestra vida y nuestra libertad. Si bien no podemos utilizar el anacronismo y llamarlas las primeras feministas de la historia, no podemos negar que nos abrieron una puerta y plantearon cuestiones de plena vigencia que aún hoy seguimos reivindicando.

BIBLIOGRAFÍA

Garí de Aguilera, Blanca. *Vidas espirituales y prácticas de la confesión. La recepción de la autobiografía espiritual femenina en la península ibérica y el nuevo mundo.*

Huber, Jedin. *Manual de historia de la iglesia.* Editorial Herder, Barcelona, 1973

Le Goff, Jacques. *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval.* Ed. Taurus, Madrid, 1983

Santonja, Pedro. *Mujeres religiosas: Beatas y beguinas en la Edad Media. Textos satíricos y misóginos.* Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval. N. 14 (2003-2006)

Vauchez, André. *La espiritualidad del occidente medieval.* Catedra, 1985

ILUSTRACIONES

<http://eukleria.wordpress.com/mujeres-en/la-historia-del-cristianismo/las-beguinas/>